

Javier Gomá Lanzón

Filosofía mundana

Microensayos completos



Galaxia Gutenberg

© Teresa Arsuaga

Javier Gomá Lanzón (Bilbao, 1965)

Doctor en Filosofía y licenciado en Filología Clásica y en Derecho, en 1993 ganó las oposiciones al cuerpo de Letrados del Consejo de Estado con el número 1 de su promoción. Desde 2003 es director de la Fundación Juan March. A lo largo de diez años ha publicado una «tetralogía de la ejemplaridad» compuesta por *Imitación y experiencia* (de 2003, Premio Nacional de Ensayo de 2004), *Aquiles en el gineceo* (2007), *Ejemplaridad pública* (2009) y *Necesario pero imposible* (2013), reeditada de forma unitaria y en formato de bolsillo por Taurus en 2014. Es autor también de *Ingenuidad aprendida* (2011) y junto a Carlos García Gual y Fernando Savater de *Muchas felicidades* (2014). Ha dirigido el volumen colectivo *Ganarse la vida en el arte, la literatura y la música* (2012). Ha reunido sus «microensayos», escritos para los suplementos culturales de *El País* y *La Vanguardia*, en *Todo a mil* (2012) y en *Razón: portería* (2014).

Todas las personas poseen una interpretación del mundo. Interpretar es ya un quehacer genuinamente filosófico. Por tanto, todas las mujeres y todos los hombres son filósofos y no pueden dejar de serlo sin dimitir de su condición humana. Esta actividad filosófica universal convive con el empeño de una pequeña minoría de individuos que escriben libros de filosofía. Las mejores de estas obras filosóficas son aquellas que, por su inteligencia, hondura y fuerza persuasiva, ayudan a educar y mejorar aquella primera filosofía natural de la gente.

La misión suprema de la filosofía es hoy hacerse *mundana*: filosofía *sobre* la totalidad del mundo pero también *para* todo el mundo y, de ser posible, *con* un poco de mundo. Un filósofo no debe dirigir sus escritos sólo a otros filósofos, sino al ciudadano común, no especializado, que desea vivir su vida de forma más sabia, más significativa, más digna de ser vivida. Y ha de realizar esta importante tarea, además, con buen estilo literario, como un hombre de mundo que domina el arte de deleitar, intrigar y conmover con sus razones a la agradecida audiencia.

Filosofía mundana es un libro que se desentiende de los problemas meramente filosóficos –aquellos que sólo interesan a los profesionales de la disciplina– y elige como tema los asuntos que a todos nos conciernen –la individualidad, la belleza, la fortuna, el amor, la felicidad, el enigma de la vida, la muerte–, proyectando sobre ellos, eso sí, la luminosidad de una mirada filosófica. Y con ese propósito cultiva un género, el microensayo, donde la brevedad, la amenidad, la anécdota personal y el humor se ponen al servicio de una aproximación moderna, profunda y original a cuestiones eternas de la existencia humana.

Este libro reúne los microensayos de Javier Gomá contenidos en *Todo a mil* y en *Razón: portería* y los completa con otros que se coleccionan aquí por primera vez.

JAVIER GOMÁ LANZÓN

Filosofía mundana

Microensayos completos

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo 2016

© Javier Gomá Lanzón, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Conversión a formato digital: María García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-86-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Filosofía sobre el mundo, *para todo el mundo y... con un poco de mundo*

Este libro contiene la totalidad de mis microensayos. No todos los ensayos cortos de los que soy autor entran, en mi concepto, en el género de microensayo, sino sólo aquellos que se dan un cierto aire mundano. Distingue, pues, a este género, por contraste con otros textos ensayísticos de formato breve, el modo mundano de filosofar. La nota de mundanidad señala triplemente la dirección a una filosofía que desea pensar *sobre el mundo, para todo el mundo y, si la ocasión se muestra propicia, con un poco de mundo.*

Pensar *sobre el mundo*, sobre las cosas mismas, en su inmediatez, vecindad y cotidiano roce, asistido por las mejores ideas de quienes hayan pensado lo mismo antes, pero sin que la mediación de una historia de la filosofía –con sus obras canónicas, sus grandes nombres– estorbe la visión directa, personal. Dicho de otra manera, el tema es el mundo, apropiado nuevamente por nuestro tiempo, no los libros que cavilan sobre él. *Filosofía mundana* se desentien- de de esos problemas meramente filosóficos, divorciados de la experiencia compartida, que sólo preocupan a los profesionales de la disciplina si por ventura caen dentro de su especialidad académica y, en cambio, elige como asunto cuanto mantiene en vilo al común de los mortales: la individualidad, la belleza, la fortuna, el amor, la felicidad, la dignidad, el anhelo, la civilización, el entusiasmo, el enigma de la vida, la paz, el arte, la justicia, la muerte y tantos otros.

De ahí que este pensar sobre el mundo sea también por fuerza un pensar *para todo el mundo*. Todos experimenta-

mos cada día los dilemas y las contradicciones de un mundo que, con una mano, nos concede el gran premio de la individualidad, último y supremo estadio en la evolución de la vida, pero que luego, con la otra mano, nos lo revoca reservándonos el mismo destino de corrupción y de muerte que al resto de los seres menos evolucionados. Tratamos una y otra vez de adaptarnos, pero inevitablemente persiste un cierto extrañamiento residual que nos estremece y nos da que pensar. De lo que se sigue que, en un sentido amplio, todos los hombres y las mujeres somos nativamente poetas y filósofos: todos sentimos poéticamente la realidad y la interpretamos, aunque no todos hagan literatura con ello. Lo cual, bien mirado, supone un compromiso de mundanidad para esa minoría literaria que, movida por una vocación, sí escribe y publica libros: porque si se hicieran cargo de este universalismo poético-filosófico originario, entonces intentarían con sus obras mejorar la imagen del mundo de sus lectores y ayudarles así a apurar la copa de su vida. El cometido que Mallarmé asignó al poeta, «dar un sentido más puro a las palabras de la tribu», puede extenderse al filósofo también: purificar los conceptos para que la tribu conozca el placer de ser contemporáneo. La filosofía ha de contribuir a formar ciudadanos críticos, se repite con demasiada frecuencia, lo cual es cierto sólo si se toma la crítica no como meta, sino como paso previo al fin superior de educar ciudadanos gozosos, preparados para arrebatarse a su época los beneficios que atesora y disfrutarlos. Filosofía mundana es aquella –en comunidad con la novela, la poesía, el teatro, la pintura o la música– capaz de intensificar la vida, de prestarle espesor y profundidad. El filósofo no escribe sus novelorías conceptuales para regalo exclusivo de otros filósofos o de los profesores de filosofía, sino en beneficio del ciudadano corriente, no especializado, que anhela vivir su vida de forma más sabia, más entusiasmada, más significativa, más digna de ser vivida.

Indudablemente, a una filosofía sobre la totalidad del mundo y para todo el mundo le sería muy recomendable presentarse ante los demás *con un poco de mundo*, esto es, con estilo, gusto y buen sentido, como ese elegante *hombre de mundo* que se conduce con desenvoltura en sociedad y domina el arte de deleitar, intrigar y conmover con sus razones a una agradecida audiencia. Conoce de sobra las ventajas que para atraer y retener la atención general ofrece un discurso breve, claro y ameno, contado con habilidad narrativa y en tono vagamente confidencial, salpicado de anécdotas personales y algunos pellizcos de humor. Con ese mismo propósito, la filosofía mundana cultiva un género que le es propio, el microensayo, donde esos recursos retóricos se ponen al servicio de una aproximación filosófica renovada a cuestiones permanentes de la existencia humana.

Bien entrado en el camino de la vida, le nace a uno el deseo de pararse un momento y, antes de retomar la marcha, echar la vista atrás y contemplar la panorámica de lo ya recorrido. Recientemente, presenté de forma unitaria mi tetralogía de la ejemplaridad (Taurus, 2014), cuyas cuatro entregas habían aparecido por separado a lo largo de los diez años anteriores; con mucha alegría hago ahora lo mismo con los microensayos completos. Este libro reúne los 63 que hicieron su debut primero en ese salón literario que es hoy el suplemento cultural del periódico (*Babelia* de *El País*, mayoritariamente, y también *Cultura/s* de *La Vanguardia*). A los luego recogidos en *Todo a mil* (Galaxia Gutenberg, 2012) y en *Razón: portería* (Galaxia Gutenberg, 2014) se añaden seis posteriores que aquí se coleccionan por primera vez.

Juego con el símil musical: la tetralogía equivaldría a la obra sinfónica de mi catálogo, mientras que los microensayos de este volumen, a la de cámara. Cierto que la música camerística se escribe para formaciones y espacios más reducidos, pero eso no hace de ella necesariamente un arte

menor, pues algunos de sus géneros, singularmente el cuarteto de cuerda, rivalizan en posibilidades musicales y en ambición artística con las piezas orquestales. Lo mismo sucede con los microensayos: pese a la brevedad del formato y a su origen periodístico, no ceden en voluntad filosófica a la más extensa y argumentada tetralogía, con la que comparten, como es natural, una misma visión de fondo, si bien expresada de otra manera, más casual, más atenta a las mil inflexiones de lo humano, menos demostrativa y más sutil. La publicación conjunta de los microensayos en este libro tiene también entre sus objetivos, aparte la satisfacción íntima, hacer visible ante el lector la unidad filosófica existente entre ellos y con la tetralogía.

Madrid, enero de 2016

INDIVIDUALIDAD

1

Primores de lo mortal (un himno)

Definitivamente, los dioses olímpicos nos miran por encima del hombro. Ellos son inmortales mientras que nosotros, dicen, somos «semejantes a las hojas». El Dios bíblico es eterno más que inmortal porque no tiene nacimiento. La teología medieval lo definió como el «ser necesario», pues entre las perfecciones que le son propias se halla la necesidad de existir. Frente al ser necesario ponían los teólogos el ser contingente, donde estamos todos los demás, los dioses olímpicos y nosotros. Ahora bien, se puede ser contingente de dos maneras.

Hay, por un lado, la contingencia de lo que es de una manera pero podría ser de otra: así, yo nací en Bilbao, estudié clásicas y casé con Teresa, pero podría haber nacido en Logroño, cursado arquitectura y casado con Begoña o permanecer soltero. Todas estas circunstancias constituyen «las contingencias de la vida», esa mudable combinación de rasgos y hechos que llenan nuestra personal biografía. Por otro lado, hay una contingencia que no es, como la primera, la de ser de una manera pudiendo ser de otra, sino la de «ser» pudiendo simplemente «no ser»; no se trata ya de las «contingencias de la vida» sino de la «vida contingente»; no de un discurrir cambiante de los acontecimientos en la vida del hombre, sino de que esa vida humana, tarde o temprano, dejará de ser: morirá.

Los dioses olímpicos no son eternos puesto que nacen – como resultado de circunstancias que no tienen nada de necesarias: con frecuencia grandiosas y pletóricas uniones

sexuales entre ellos–, pero, una vez engendrados, ya no mueren nunca. Como son inmortales, están al abrigo de la «vida contingente», pero eso no les libra ni mucho menos de las azarosas «contingencias de la vida». Sin duda, los olímpicos disfrutaban de importantes privilegios: no envejecen, poseen poderes extraordinarios –desplazarse a gran velocidad, metamorfosearse, hacerse invisibles, infundir fuerza o anularla– y pasan mucho tiempo en banquetes, alimentándose de la dulce ambrosía. Pero, por mucho que ellos lo pretendan, no puede afirmarse que estén exentos de preocupaciones: como pone de relieve el estudio *La vida cotidiana de los dioses griegos*, de G. Sissa y M. Detienne, caen presa de grandes pasiones que los trastornan, como el deseo carnal, la cólera o la ira; se dejan involucrar intensamente en los conflictos humanos tratando de cambiar sus destinos y, aunque no fluye por sus venas la roja sangre, a veces reciben heridas y se lesionan.

Con todo, una raya infranqueable separa a los dioses inmortales de los hombres «semejantes a hojas», pues nosotros no sólo estamos expuestos a los imprevisibles accidentes de la vida, sino que sufrimos fatigas, dolores y trabajos y al final, tras muchos años temiendo a la muerte, acabamos sucumbiendo a ella. Por eso, desde su altiva posición, desdeñosamente dijo Zeus, «acumulador de nubes», que, «entre todos los seres que andan y respiran sobre la tierra, ninguno es más miserable que el hombre».

¿Tiene razón Zeus?

Pienso que hay en su juicio una profunda incomprensión de los sutiles encantos de la mortalidad humana. Por supuesto, no seré yo quien niegue todas esas penalidades que acompañan nuestra existencia sobre la tierra, antes de acabar bajo ella. Pero, junto a esto, hay que poner otros placeres y bienes específicamente humanos, los cuales –esto es lo que me interesa destacar ahora– son lo que son sólo porque morimos, pues, si fuéramos inmortales como los

olímpicos, tendrían para nosotros un sentido distinto o quizá estarían simplemente ausentes.

Vida humana es vida en peligro. Es el riesgo de no poseerlas o de, poseídas, perderlas, lo que hace deseables las cosas de este mundo. La incertidumbre agujunea el goce, la inseguridad punza el placer. Perseguimos lo que nos es esquivo, y de ahí que Platón haga al dios *Eros* hijo de Poros y Penia, de la abundancia (que anhelamos) y de la penuria (que sentimos). Cuando llega fugazmente el momento de la posesión, exclamamos, con Fausto: «¡Detente, instante, eres tan hermoso!», pero no se detiene, y es precisamente esa fugacidad lo que lo hermosea. ¿Amaríamos lo que amamos y como amamos si la pulsión por poseer no estuviera mezclada con el ansioso temor a la pérdida? El destino ha vertido en la copa del corazón humano unas gotas de desesperación y, a causa de este cóctel, el auténtico desear humano es siempre una emoción doliente.

Más aún: amamos las cosas porque las vemos amenazadas, bajo una luz crepuscular. Se dispara nuestro amor cuando nos asalta la conciencia de su vulnerabilidad. Los dioses nos llaman con desprecio «semejantes a hojas» ignorando que es el esplendor de hoja caduca lo que nos conmueve y el temblor rosa de la carne efímera lo que nos enciende. Y así en todo: la madre se enternece de su recién nacido porque lo ve dependiente y frágil; juramos amor eterno porque nos rebelamos a su extinción inexorable; admiramos al hombre valiente porque sabemos que arriesga su única vida; nos conmueve la belleza del otoño porque tenemos en mente el rotar de las estaciones. ¿Qué es la filosofía sino aprender a morir? ¿Qué es la ciencia sino una lucha contra la intrínseca imperfección del mundo? ¿Qué es el arte sino la promesa de una felicidad que se nos escapa?

El mundo humano, tal como lo conocemos, con su amor, deseo, placer, virtud, filosofía, ciencia y arte, está transido de los primores de nuestra mortalidad transeúnte. *Nos gustaría un mundo mejor, pero no uno distinto.* ¡Oh,

Zeus, padre de los dioses!, he de decirte, con el debido respeto, que vuestra existencia es quizá muy poderosa pero, en comparación con la humana, me parece banal. Le falta la profundidad de lo que va en serio. «La muerte es la madre de la belleza, y de ahí que sólo de ella / vendrá el cumplimiento de nuestros sueños / y de nuestros deseos» (Wallace Stevens, «Sunday Morning»).

2

Diosa Fortuna

Cuando a veces me pregunto por qué razón no me seducen esos juegos de azar con los que tantos entretienen sus ocios, me digo que quizá se deba a que estos pasatiempos se me antojan redundantes respecto a la entera vida del hombre, ya de por sí un gran juego de suerte. Sólo un necio redomado ignoraría el protagonismo que la Fortuna tiene en todas las cosas humanas y a medida que uno avanza por el camino de la vida la certeza del imperio de esta diosa sobre nuestros azacaneados destinos se confirma aún más, pues lo ha probado ya en demasiadas ocasiones como para olvidarlo. Conocerse es reconocerse que los éxitos parciales obtenidos en el curso del tiempo, aun los más estimados, han dependido en gran medida de un encadenamiento de circunstancias que escapaban al control propio y son por tanto indiferentes al mérito personal. Hay gente de la que diríamos que tiene buena estrella, que las circunstancias parecen conspirar en su beneficio y sorprenderle siempre en el lugar y momento apropiados. Pero cuidado con ofuscarse y creerse predestinado al triunfo desdeñando la fuerza del acaso, porque los dioses se divierten entonteciendo con esas gallardías a quien previamente han decidido derribar. Las Moiras preparan para cada uno de nosotros un lote personalizado en el que la buena suerte tiene una tasa máxima irrebasable mientras que la proporción de la mala es potencialmente sin tasa.

Hay ocasiones, en efecto, en las que la desgracia arrasa con todo y devasta lo más valioso como un huracán y un te-